

templadas por el telespectador en la intimidad de su sala de estar, son ejemplos suficientemente ilustrativos. Es evidente asimismo que cuando una catástrofe ocurrida en cualquier rincón del mundo nos es presentada por el personaje familiar que lee cotidianamente, mientras comemos, las noticias del telediario, se pierden en un 90 por 100 su capacidad de impacto.

Todas estas y otras muchas consideraciones en torno a la nueva jerarquía de valores inaugurada por los *mass media*, nos sugiere la lectura del libro de Cazeneuve, sugestivo y original en más de un aspecto. Sin embargo, justo es decir también que la obra no nos convence en otros muchos puntos, pero sobre todo por su falta de crítica profunda a los actuales modelos comunicativos, a los que el autor se contenta con proponer ciertos retoques.

¿Por qué no analiza, por ejemplo, Cazeneuve la función alienante y la clara opción ideológica que subyace a todo ese tratamiento privilegiado, en los *mass media*, de lo fortuito, de lo chocante? ¿Cómo es que frente a la imposibilidad, por él reconocida, de que el público participe en la producción de los programas ("¿cómo dar la palabra a cuarenta millones de telespectadores franceses, unos satisfechos, otros furiosos, unos aficionados al deporte, otros a la alta cultura"), no se le ocurre al autor más solución que recomendar a esa "expendedora de ilusiones" que es la TV que nos dé al menos "esa ilusión suprema de la participación, que es a fin de cuentas, literalmente imposible"?

¿Por qué, al abordar el tema de la TV por cable, no se plantea ninguna alternativa a la actual coexistencia, en los Estados Unidos, de programas de y para minorías con los grandes programas transmitidos por las cadenas nacionales: lo que equivale a concebir los primeros como una simple válvula de escape que permite aliviar las tensiones de los grupos marginales y garantiza al sistema una larga vida?

Claro, que todo esto se entiende si nos fijamos en la definición que da Cazeneuve de su "hombre telespectador": "En el hombre telespectador encontramos no sólo las necesidades del hombre eterno, sino añadidas a ellas o especificándolas, las del hombre del siglo XX, modelado por la civilización técnica, industrial, urbanizada". Lo histórico, lo social es, pues, para nuestro autor una simple piel de cebolla que

envuelve una perfecta entelequia: la "esencia humana". ■ JOAQUIN RABAGO.

Un libro de poemas

José Antonio Gabriel y Galán nació hace treinta y siete años en una ciudad de Extremadura. Periodista especializado en temas culturales actualmente es responsable de la sección de "Sociedad y Cultura" en el semanario "Cuadernos para el Diálogo". Hace unos años, en 1973, en pleno furor de la efímera "Nueva Novela Española", publicó en Planeta "Punto de referencia", posiblemente el más digno, literalmente hablando, de todos los libros aparecidos al socaire de aquella curiosa —y estéril— manipulación publicitaria.

Ahora aparece su primer libro de poemas, "Descartes mentía" (Provincia, Colección de Poesía, León, 1977). "Descartes mentía" es un largo poemario, o mejor dicho, un largo poema —o secuencia de poemas— articulado en torno a una serie de citas del gran filósofo francés. Gabriel y Galán, en la contraportada del libro, nos explica que "El contrapunto de las citas de Descartes no son en vano capricho. Descartes intentaba lograr lo imposible: describir casi fisiológicamente los sentimientos. Por eso mentía. Mis poemas son respuestas relativas a esa imposibilidad desde la orilla de otra imposibilidad". Ese pie forzado, sin embargo, no da rigidez al libro, que, por el contrario, tiene, en una casi desmesurada libertad imaginativa, uno de sus más logrados aciertos.

"Descartes mentía" es un poema de amor. Obsesivo y desesperado. No en vano en alguna ocasión el poeta alude a Luis Cernuda, pues la atracción que experimenta hacia la amada se rige también por aquella fatal dialéctica de "realidad y deseo" que recorre toda la obra de éste. La historia de amor que subyace en los versos de Gabriel y Galán es una historia torturadora, angustiosa, casi asfixiante. La mujer amada es algo más que una amante. Es como la encarnación de un tiránico deseo universal, situado al borde de lo demencial. A fuerza de individualización, la amada de "Descartes mentía" se convierte en un símbolo de valor casi cósmico. Lo impregna y lo rige todo. Su femineidad absorbente va destruyendo al poeta.

Este, al final, se desflende con una actitud de indudable raíz estoica. La aceptación del destino



José Antonio Gabriel y Galán.

parece total y absoluta. Queda frente a la presencia constante de un ser que se ha vuelto inasible, el anonadamiento, la disolución total. Pero cuando ya está al borde de la aniquilación, sin embargo, el poeta reacciona como un animal acosado y su naturaleza le evita un final que parecía irremediable. Así podrá decir, en un determinado momento: "A punto estuvimos de morir de amor, pero murió el amor y nosotros vivimos".

Libro denso, oscuro a veces, cuya mayor mácula sea tal vez alguna caída en ese humor cosmopolizante y culturalista de que tanto usaron —y abusaron— los llamados "novísimos". "Descartes mentía" revela a un poeta. No es poco. Gabriel y Galán sabe utilizar un lenguaje complejo y lleno de expresividad —con alguna reminiscencia, en ocasiones, de la retórica surrealista—, que dota a sus versos de un encanto cierto. No es un libro fácil "Descartes mentía". El juego de imágenes del autor, que a veces es de un barroquismo casi de virtuoso, está siempre controlado por un riguroso sentido de la estructura poemática. Precisamente es la unidad estructural del libro, su "cerrazón", lo que le da una consistencia admirable.

Gabriel y Galán ha conseguido una vez más que la poesía amorosa todavía tenga algo que decirnos. Estos versos desesperados y lúcidos, iluminados por la fría luz de unas vigiliadas dolorosas y ardientes, nos ofrecen la seguridad de que su poesía va a seguir creciendo y progresando. Creemos que no es apostar vanamente cuando decimos que

"Descartes mentía" es el comienzo de una notable carrera poética. Que así sea. ■ JAVIER ALFAYA.

Para entender a Aragón

Aragón despierta y espabila a pasos de gigante con tesón de cabezudo. El 10 por 100 de la superficie de España y el 3 por 100 de la población hacen de este territorio, rico, desertizado y colonizado, un auténtico hervidero de ideas nuevas. Una nueva generación de socio-economistas, menos conocidos pero casi tan necesarios como los cantantes aragoneses, están naciendo en la región.

Es el caso de José Antonio Biescas, veintiocho años, hombre bondadoso pero inteligente, uno de los grandes nuevos economistas aragoneses. El libro que acaba de publicar, modestamente titulado "Introducción a la economía de la región aragonesa" (1), muestra cómo de manera sencilla, con palabras claras, se puede, por primera vez, hacer una exposición crítica de la economía aragonesa desde un ángulo regional y radical.

Con este libro, si es empleado adecuadamente —y esperamos que así lo sea: todos debemos colaborar—, los jóvenes aragoneses desde la escuela primaria podrán entender coherentemente la tierra en que viven y el futuro que les espera si no se superan las contradicciones denunciadas en el libro. Se acabó el aprender los ríos del mundo de memoria, a pesar de ignorar en qué consistía el Ebro; se acabaron las escuelas de los párvulos aragoneses en las que se explicaba el Imperio austro-húngaro cuando se desconocía cómo se forman los precios del explotador y explotado maíz aragones.

Estamos ante un auténtico "manual del usuario" en la región aragonesa. No se trata sólo de una descripción de la estructura económica, sino que se han desarrollado con la suficiente profundidad los aspectos históricos que explican la situación presente. La habilidad del libro consiste en que es introductorio a la economía de Aragón en los aspectos generales y que ha profundizado con gran realidad los aspectos claves.

De entre éstos hay que destacar un excelente capítulo, que

(1) "Introducción a la economía de la región aragonesa". Alcrudo Editor. Zaragoza, 1977.

pronto merecerá un libro por sí mismo, en el que se analiza la gestión del agua aragonesa con datos nuevos sobre la Confederación Hidrográfica del Ebro y una evaluación meditada de los siempre inacabados regadíos aragoneses: la gran reserva de maíz y alfalfa del futuro español, la única que podrá acabar evitando los cuatro millones de toneladas de maíz importadas de Estados Unidos.

Excelente precisión tiene la descripción de la explotación hidroeléctrica de Aragón por el INI y por las grandes compañías nacionales. Aragón produce el doble de cantidad eléctrica que consume y, además, se ve amenazada con seis nuevas centrales nucleares y una nueva térmica, todas ellas de mil megavatios cada una, lo que llevaría a Aragón para el año 1985 a producir el 20 por 100 de la energía eléctrica nacional aunque no consumiera más que el 3 por 100: la colonización definitiva.

La descripción de la minería del carbón (el año 76, Aragón produjo el 60 por 100 de todos los lignitos españoles) y la minería de hierro (Teruel es la segunda provincia productora de España, con más de dos millones de toneladas al año) muestran cómo la riqueza se va de Aragón y no quedan más que unos pocos numerosos y escasos salarios de los trabajadores de las minas, en gran parte ni siquiera aragoneses.

Analizando el sector industrial, Biescas muestra cómo de las 44 empresas aragonesas de más de 250 puestos de trabajo, 17 son de capital extranjero, 13 del INI o vasco-catalán o central y sólo 14 empresas son aragonesas o mixtas con capital foráneo.

La futura edición del libro deberá añadir un análisis a fondo del gran milagro de la industrialización zaragozana: la pequeña y mediana empresa, subcontratada y explotada por la gran empresa exterior a la región.

El funcionamiento del Instituto Nacional de Industria, las au-

topistas aragonesas y sus negocietes, el problema del ferrocarril con Francia, el sistema financiero de la región aragonesa, son otros temas perfectamente descritos críticamente.

El libro termina con un análisis de algo cada vez más presente en el pensamiento crítico aragones: la especialización de la economía. Ante la contradicción entre Zaragoza hiperpoblada y Aragón desierto, cada vez más hay que hablar de economía en términos especiales; y esto es por lo que José Antonio Biescas, partiendo de los trabajos de Carlos Rollo Villanova, Báguena, Grilló, Alfonso y otros numerosos economistas aragoneses están trabajando detenidamente en un planteamiento comarcal aragones. No las comarcas de López Rodó, puro nominalismo masturbatorio del capitalismo casto, sino una auténtica comarcalización federal de la economía de Aragón, única salida a reequilibrar la concentración de la capital.

No se podrán poner 700.000 nuevas hectáreas en regadío ni explotar los minerales por los aragoneses y para los aragoneses una vez regionalizado el INI y las empresas privadas, pasadas a control de los aragoneses, si no se repuebla Aragón, si no se revitalizan todas y cada una de las comarcas.

El libro va precedido de una advertencia del Colectivo Editorial, que tiene la sana costumbre de editar documentos aragoneses y prologarlos. La sana advertencia del Colectivo Editorial termina así: "Nosotros proponemos la lectura apasionada de quien da la realidad por transformable si su conocimiento exacto es capaz de organizar la voluntad colectiva". ■ MARIO GAVIRIA.

El poeta gallego Lorenzo Varela retorna del exilio

Del intelectual gallego Lorenzo Varela se sabe muy poco y por

muy pocos. Algunos recuerdan sus colaboraciones en "Hora de España", la extraordinaria revista de la guerra civil; algunos menos, su vinculación a publicaciones periódicas del exilio en México ("Taller", "Romance") y Buenos Aires ("Cabalgata"); un puñado de curiosos tienen noticia de su labor de poeta. En Galicia, su patria, a la que acaba de retornar después de cuarenta y un años, sólo una parte de la vieja guardia del galleguismo y poco más conoce sus poemas gallegos y sus compromisos —muchos y diversos— con nuestra cultura y con nuestro pueblo.

Esta miseria informativa, dolorosa en verdad, es una consecuencia de la anomalía cultural de estas cuatro décadas, anomalía conscientemente elaborada por los manipuladores, en la "piel de toro", de la "larga noche de piedra". Urge, por consiguiente, más allá del desagravio personal, ofrecer al país noticia y glosa de un trozo entrañable, y heroico a veces, de su historia.

¿Cuál es el papel de Lorenzo Varela en la poesía gallega de posguerra? ¿Cuál es su aportación o su novedad? Para responder a estas preguntas es estrictamente indispensable referirnos a la especial anomalía vivida por la literatura gallega en los primeros años del franquismo.

En Galicia (en la Galicia metropolitana) no se publica ningún libro en idioma gallego en el decenio 1936-1946. No insinúa que estuviese prohibido editar versos o prosas en lengua gallega, pues de hecho el Movimiento no promulgó ningún Decreto al respecto. No eran necesarios los Decretos en aquel clima de miedo y de incertidumbre, un clima en que cualquier gesto o cualquier madrigal a la Luna podría incurrir en separatismo si se expresaba en idioma no oficial.

De 1946 a 1951, fecha inaugural de la Editorial Galaxia, es poquísimo lo que se publica en gallego y de no mucha entidad. Del 51 al 62 la poesía gallega, al-

guna de calidad, no cuestiona, no conciencia socialmente, no increpa las injusticias concretas, no inquieta (políticamente hablando). El panorama cambiará radicalmente en 1962, año de un libro que es un hito: "Longa noite de pedra", de Celso Emilio Ferreiro. He aquí, pues, un mapa cultural árido y muy limitado: árido, porque durante diez años las circunstancias históricas "prohibieron" el cultivo literario del gallego; muy limitado, porque esas circunstancias, en los tres lustros siguientes, prohibieron las palabras críticas, el grito y la denuncia.

En efecto, aridez y limitación configuran como especialmente anormal la cultura gallega. Que el idioma gallego durante todo un decenio no exista como lengua de cultura, como instrumento literario, es, para un pueblo, para una colectividad, un acontecimiento anómalo, anómalo y grave para la continuidad, para el futuro de una cultura que llevaba siglos de vida precaria y en un contexto sociopolítico desfavorable.

De todos modos para trazar con precisión el esquema de la cultura gallega en esos momentos se impone tener en cuenta lo hecho por los intelectuales gallegos del exilio (Castelao, Rafael Dieste, Suárez Picallo, Luis Seoane, Luis Soto, Antón Alonso Ríos, Delgado Gurriarán...) y de la emigración (Blanco Amor, Avelino Díaz, Neira Vilas...). Gracias a ellos, gracias a la Galicia de la diáspora, la cultura en lengua gallega no tuvo solución de continuidad, no sufrió, realmente, un paréntesis o un hiato de silencio. En México, en La Habana, en Montevideo, en Buenos Aires, sobre todo en Buenos Aires, se escribe, se edita y se reedita en gallego. El exilio exterior es consciente de que los intelectuales del exilio interior o no pueden hablar (hasta 1946) o sólo lo pueden hacer en voz muy baja (hasta 1962). En estos veinticinco años, Buenos Aires, la gran capital intelectual de la Galicia no oficial, no sólo habla, sino que habla alto, fuerte y bronco. Bastaría con citar algunas páginas, ya en prosa, ya en verso, de Castelao, de Seoane, de Rei Baltar, de Núñez Búa, etcétera.

En Buenos Aires, en 1944, Lorenzo Varela publica cuatro poemas gallegos que ilustran sendos grabados de Luis Seoane. Uno de ellos es el soneto a Roi Xordo, el conocido dirigente de una de las revueltas campesinas gallegas del siglo XV, soneto en el que, por otra parte, subyace la tragedia que acaba de sufrir un país

QUINTO

